

iglesia principal del lugar donde residiera la curia. Los derechos del rey relativos á la provision de los cargos eclesiásticos y á la colacion de beneficios fueron suspendidos á favor del Papa, hasta que el rey le diera una satisfaccion y se sometiera á la Iglesia. La apelacion para ante un concilio general fué condenada como herética, dejándose entrever la posibilidad de un procedimiento aun mas severo contra el rey y sus auxiliares. Bonifacio, que á pesar de sus años se sentia animado de un ardor juvenil y mostraba una actividad infatigable, preparaba ya la bula en que se excomulgaba solemnemente á Felipe el Hermoso, se relevaba á sus adictos y á sus vasallos del juramento de fidelidad, y se les eximia del cumplimiento de todos los servicios y de todos los deberes para con el rey. Esta bula estaba preparada para ser promulgada en 8 de setiembre de 1303 en Anagni, donde el Papa tenia entonces establecida su residencia. Pero antes de esta fecha sucedió la catástrofe que arrebató al Papa el anatema preparado y que á consecuencia de un hecho de fuerza, que quinientos años despues vemos reproducido entre Napoleon I y Pio VII, sojuzgó al Pontífice y convirtió la soñada soberanía universal pontificia en triste esclavitud y sumision á la monarquía francesa.

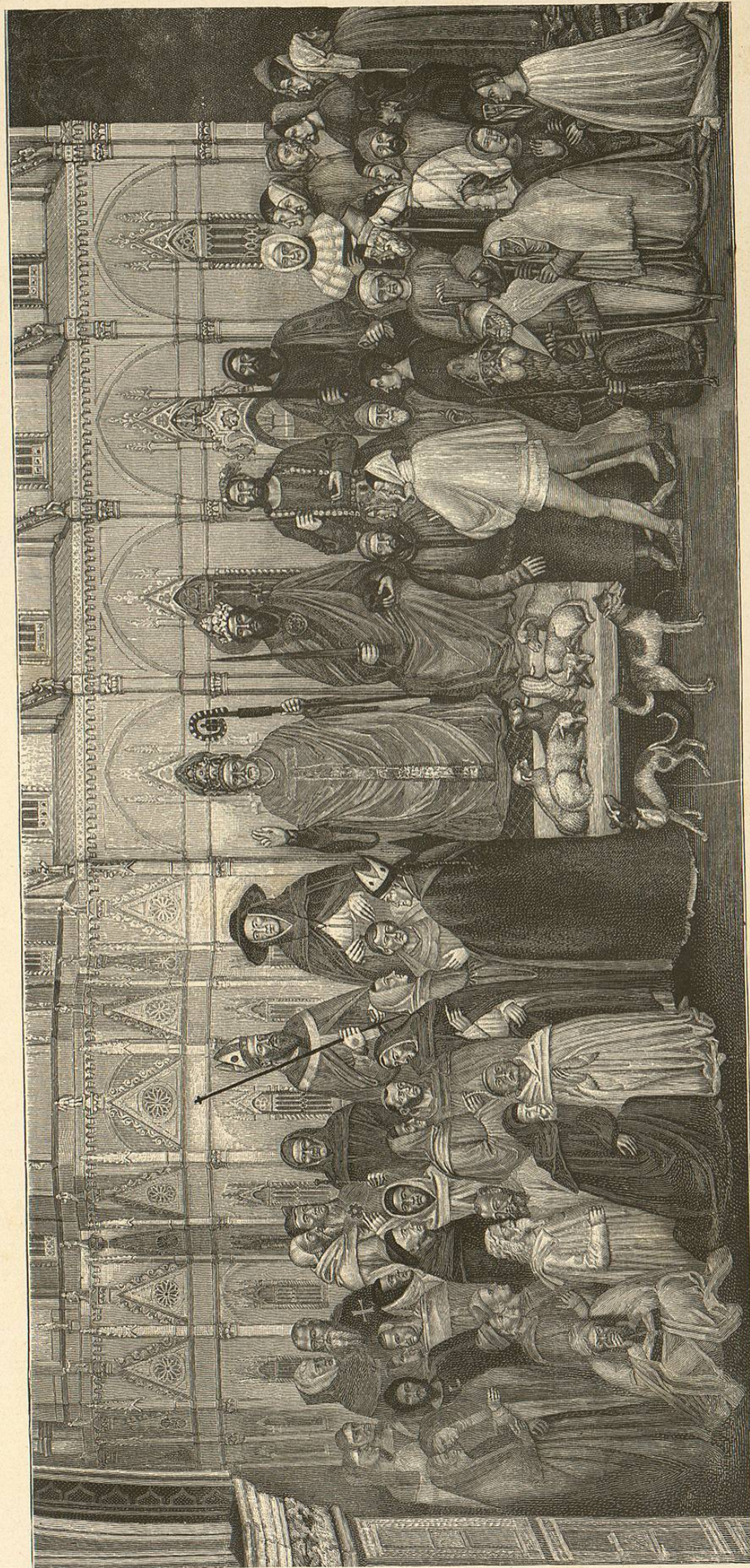
Este acontecimiento, que impresionó tanto mas á los contemporáneos, cuanto que decidió, por mucho tiempo, de la suerte del pontificado y por tanto de la de la Iglesia, ha sido explicado por la tradicion de muy distintas maneras, pero sobre él han dado algunas explicaciones precisamente los que en él tomaron principal parte, á saber: Guillermo de Nogaret, el instrumento—demasiado celoso quizás—de Felipe el Hermoso, y su ilustre auxiliar Reinaldo di Supino, que obró en aquella ocasion movido por una venganza particular contra Bonifacio VIII. Estos dos, en el procedimiento eclesiástico que luego se les siguió, declararon cómo se habia realizado el hecho y la participacion que en él habian tenido, procurando, como era natural, perjudicarse lo menos posible. A pesar de esto, su relacion, comparada con otras no menos parciales procedentes de orígenes distintos, aparece verídica en los puntos mas importantes. De todas maneras, no está muy puesto en claro hasta qué punto ha de atribuirse al rey lo que aconteció á Bonifacio, y casi parece como que Nogaret, llevado de un celo exagerado, no quiso dejar pasar sin aprovecharla la ocasion que se le ofrecia de poder vencer, con un solo golpe, la resistencia del Papa, por cuya razon cometió un acto de violencia para el cual no estaba autorizado, pero que una vez realizado Felipe IV no podia menos de utilizar, so pena de dar muestras de una delicadeza anti-política.

A Felipe el Hermoso le interesaba ante todo reunir el concilio general, que los notables y pueblo de Paris exigian. A este fin dice Nogaret que fué enviado á Italia en enero de 1303. El Papa no se encontraba en Roma, pues desconfiando de la poblacion de esta ciudad, que era demasiado accesible al oro extranjero, se habia retirado á Anagni, su ciudad natal. Nogaret no se atrevió á ir á esta ciudad, pero cuando supo que se preparaba la bula de excomunion decidió impedir su publicacion á toda costa, para lo cual se dirigió al rey de Nápoles y á los romanos, los cuales se negaron á intervenir para nada en el asunto. En vista de esto, alióse con los gibelinos de Romagna que odiaban á Bonifacio por haber apostatado de su causa. Uno de los que mas indignados estaban contra el Papa era Reinaldo di Supino, capitan de la ciudad de Ferentino, á quien Bonifacio habia arrebatado su feudo, el castillo de Trevi. Reinaldo se manifestó dispuesto á acompañar á Nogaret á Anagni, para obligar á Bonifacio á convocar el concilio general, apenas hubo visto los plenos poderes de que estaba investido Nogaret y

segun los cuales podia, en nombre del rey, concertar alianzas con ciertas obligaciones y firmar tratados. Nogaret le prometió que sus servicios serian espléndidamente recompensados. Reinaldo al principio temió atraer sobre sí el odio que un hecho de tal naturaleza debia engendrar, mas desechó todo temor cuando Nogaret se obligó á marchar con los suyos delante con la bandera del rey de Francia. Nogaret, en el instante decisivo, hizo desplegar al lado de la bandera francesa la de la Iglesia romana, cual si quisiera hacer creer al mundo que obraba como defensor de la Iglesia y en su honor y provecho. Tambien entró á formar parte de esta alianza Sciarra Colonna, con el solo propósito de tomar definitiva venganza del odiado adversario.

En la noche del 5 al 6 de setiembre presentáronse los conjurados con su pequeño ejército, compuesto de caballería y de infantería, en Anagni, cuyo gobernador habia sido previamente sobornado por el oro francés; por consiguiente, encontraron las puertas francas y penetraron en la ciudad á los gritos de: «¡Viva el rey de Francia! ¡muera el Papa!» Los pontificios sorprendidos empuñaron precipitadamente las armas y levantaron barricadas en las calles; mas á pesar de esto los invasores lograron abrirse paso hasta el palacio, que fué atacado por dos lados. Mientras unos procuraban derribar las puertas, otros pegaban fuego á la catedral vecina, logrando penetrar en el palacio por una galería que le ponía en comunicacion con el templo. Bonifacio VIII se encontraba, pues, en poder de sus mortales enemigos; pero en estos momentos de supremo peligro dió pruebas de un valor que impuso respeto á sus mismos adversarios: en efecto, vistióse precipitadamente las insignias pontificias y sentándose en el trono, esperó con firme mirada y orgulloso continente á los criminales, que muy pronto se le presentaron delante gritando y amenazándole con sus armas. Nogaret le exigió que convocara inmediatamente el concilio, mediante lo cual el rey estaba dispuesto á proteger al Papa: Bonifacio no se dignó contestarle. Entonces Sciarra Colonna se lanzó amenazador contra el Pontífice, el cual con tranquilidad pasmosa le presentó la cabeza y la nuca dispuesto á recibir el fatal golpe: Nogaret detuvo por el brazo al agresor, para alabarse despues de que el Papa le debía la vida, siendo por éste rechazado con las palabras: «Estoy orgulloso de verme perseguido por la secta de los patarines y de padecer por la causa de la Iglesia.» Lo que hubo de sufrir Bonifacio en aquella noche de horrores es indecible; pero la ardiente fantasía de los narradores no ha dejado de adornar la escena exagerando todos los malos tratamientos que experimentó, para satisfacer los gustos de la plebe y el odio de los realistas.

Durante dos dias y dos noches, el Papa y los suyos fueron prisioneros y se vieron envueltos en horrores de muerte; pero Bonifacio, inflexible á pesar de las repetidas instancias de Nogaret, persistió en negarse á convocar un concilio. Entretanto, la poblacion de Anagni, que habia sido sorprendida y que estupefacta contemplaba todos estos sucesos, volvió al fin en sí y comprendió lo vergonzoso de la situacion á que con sus debilidades habia dado lugar. En 9 de setiembre levantóse en armas: los invasores vieron obligados á emprender la fuga y mientras perseguidos por la caballería que habia acudido de Roma huían á Ferentino, la muchedumbre arrastró la bandera francesa por el fango y llevó al libertado Papa en triunfo á la plaza mayor de la ciudad, donde predicó arrasados los ojos en llanto y dió las gracias al pueblo por haberle salvado. Bonifacio permaneció en Anagni hasta el 20 de setiembre, fecha en que de repente se marchó á Roma, fijando su residencia primero en Letrán y luego en San Pedro. Sus fuerzas, sin embargo, estaban agotadas. Postrado en el lecho por una enfermedad presagio de su



Petrarca al lado de un caballero de Rodas, que se conoce por la cruz

Felipe IV el Hermoso, rey de Francia. El pintor Cimabue

El cardenal Nicolás de Prato El papa Benedicto XI El emperador Enrique VII

LA IGLESIA MILITANTE Y TRIUNFANTE

Fresco de Simon Martini (1285-1344) en la capilla española de Santa María Novella de Florencia

Los nombres de las personas son los indicados por Vasari, y de cuya exactitud se duda mucho, como la crítica moderna duda tambien de que Martini fuese el autor del fresco

próxima muerte, unas veces se entregaba á pusilánimes vacilaciones y otras á orgullosos planes para tomar venganza de sus adversarios. En ninguna parte, sin embargo, se levantó un brazo en pro del Pontificado ni se consideró el atentado de Anagni como un atentado á toda la cristiandad; de modo que el Papa se convenció de que nadie participaba de la idea que él tenía formada de la importancia y de la mision del Pontificado y de los derechos que para éste de una y otra dimanaban; conoció que toda su vida y todos sus esfuerzos habian sido considerados como un error gravísimo, y que habia alimentado una brillante ilusion que podia ser demostrado que era tal sin que el mundo se desquiciara. Todo esto contribuyó á quebrantar sus fuerzas, y en 11 de octubre de 1303 falleció, siendo enterrado con poca respetuosa precipitacion. Posteriormente se le erigió un sepulcro digno de él en Santo Domingo de Perusa.

Nadie podrá excusar la brutal violencia que los instrumentos de Felipe IV ejercieron con Bonifacio VIII: la importancia histórica que tuvo el hecho no disminuye en nada su criminalidad, pues aquella importancia nació de las circunstancias generales en que el suceso se llevó á cabo y del espíritu de la época. En frente del programa de la Curia, tal como estaba formulado en la bula *Unam sanctam*, apareció la exigencia de la separacion de las dos espadas, en pro de la cual luchó en Italia Dante Alighieri; tambien la enseñaron en Paris Juan de Paris y Guillermo Occam, y alrededor de ella se agrupó la escuela de monárquicos creada por obra de los reyes de Francia, completando la teoría de derecho público. Muy pronto consideraron éstos como insuficiente la defensa y comenzaron á formular radicales reconvencciones contra la sede pontificia. El consejero de Felipe, Pedro Dubois, combatió con energía el poder temporal del obispo de Roma y propuso cambiarlo por una pension que asegurara la subsistencia del Papa y de la Curia, idea inspirada en la proposicion que Federico I hizo á Lucio III para llegar á un arreglo en la cuestion de los bienes de la princesa Matilde (1). Pedro Dubois atacó tambien el celibato del clero y divulgó una supuesta bula de Bonifacio VIII en que se le condenaba fundándose en las ordenaciones del tiempo de los Apóstoles. Excelente acogida encontraron estas tendencias, especialmente en la burguesía, pero mas por causas políticas que por causas religiosas, pues, completado el des-envolvimiento de Francia, la independencia de la monarquía respecto de la Iglesia y de los poderes feudales era la mas segura garantía de la prosperidad de las ciudades y de sus habitantes. Pero mientras éstos aceptaban el atentado de Anagni por lo que sus consecuencias significaban, estalló entre el clero y entre los barones un descontento que, si hubiese sido dirigido por un hombre enérgico habria podido ofrecer un gravísimo peligro para el rey. Por fortuna del rey Felipe, falleció Bonifacio VIII antes de haber podido realizar las represalias proyectadas, y la eleccion de los cardenales recayó en un hombre dotado de pacíficos sentimientos que quiso reparar las faltas cometidas por su antecesor y consideró como su principal deber evitar á la Iglesia los males que la amenazaban por medio de una reconciliacion con su antigua protectora.

Benedicto XI abandonó el sistema seguido por su predecesor: saludó á Felipe como hijo predilecto de la madre Iglesia y le levantó la excomunion; renunció al derecho de proveer los beneficios en Francia, que Bonifacio habia reclamado en proporciones hasta entonces inauditas; revocó las censuras eclesiásticas que pesaban sobre los auxiliares y partidarios del rey; anuló la bula *Clericis laicos*; restituyó

(1) Véase la parte primera.

sus bienes á los Colonna, y procuró además hacerse agradable á Felipe obligando al arzobispo de Lyon á levantar el entredicho que habia lanzado sobre esta ciudad cuando se sometió á la soberanía del monarca. Unicamente Guillermo de Nogaret y los que le habian ayudado en el atentado de Anagni continuaron excomulgados y fueron requeridos para que comparecieran á formular sus descargos. Esto por sí solo demuestra que Benedicto XI no procedió, como se ha creído, bajo la presion exclusiva de la influencia francesa, sino que comprendiendo y apreciando debidamente la crítica situacion por que atravesaba la Iglesia, quiso mejorarla reconciliándose, lo mas pronto posible, con su mas peligroso enemigo, para de esta suerte privar de centro y de direccion á los demás. Es indudable que Benedicto prestó con ello un gran servicio á la Iglesia, y así lo reconocieron sus contemporáneos, que consideraron como un terrible golpe para ella la prematura muerte del Pontífice, ocurrida en julio del año 1304.

Constituye la mejor defensa de la política conciliadora de Benedicto XI el giro que despues de su muerte tomaron las cosas. Diez meses estuvo reunido el cónclave, hasta que por fin resultó elegido el arzobispo de Burdeos, Beltran de Got. Ignoramos cómo se hizo esta eleccion, pues cuanto despues se ha dicho acerca de pactos secretos entre Beltran y el rey Felipe es pura invencion. Por otro lado, no se explica la conducta del nuevo papa, Clemente V, sino suponiendo un pacto previo que en los asuntos importantes le colocara bajo la dependencia del rey. Lo que entre uno y otro se convino no lo sabemos, pero parece que Clemente V prometió á Felipe abrir un formal proceso contra la memoria de Bonifacio VIII, proceso cuyo objeto no podia ser sino presentar como justificadas las terribles acusaciones en su día lanzadas contra este papa para conseguir la anulacion de todos los actos de su pontificado y dar al atentado de Anagni el carácter de un hecho salvador para la Iglesia. De todas maneras, el nuevo Papa fué un instrumento ciego en manos del rey de Francia, y la libertad de la Iglesia galicana, que tan bien defendida habia sido contra Roma, se vió entregada sin defensa al capricho de Felipe. Este dispuso desde luego arbitrariamente de los obispados franceses, y si con tal motivo hubo algunos escándalos, toda la responsabilidad debe recaer sobre el Papa que se obligó á aprobarlo todo y que cedió al monarca los diezmos y las rentas eclesiásticas de toda clase. Felipe impulsó al indefenso y culpable Papa á cometer injusticia sobre injusticia, de tal suerte, que no podia negarle una sola vez la obediencia sin exponerse á una ruina segura. Clemente V vióse por todo esto definitivamente colocado en la humillante alternativa ó de instruir el proceso, en un momento de debilidad prometido al rey, contra Bonifacio VIII, dando con ello ocasion á un grave escándalo que quebrantaria la respetabilidad del pontificado y de la Iglesia, ó de acceder á las pretensiones del rey abandonando por completo á la órden de los Templarios—que á pesar de sus muchas faltas habia prestado excelentes servicios á la Iglesia y era á la sazón indispensable al pontificado—y entregando los bienes y los tesoros de esta órden á la codicia de Felipe.

La orden de los Templarios, hija legítima de la fervorosa fe y del carácter caballeresco y aventurero de los cruzados, habia estado desde su creacion íntimamente unida con el pontificado y habia sido colmada por éste de concesiones de bienes de toda clase. Esto no obstante, su moralidad se habia relajado grandemente, y además, influida por circunstancias especiales habia llegado hasta desviarse del terreno de la ortodoxia católica. Tiempo hacia que circulaban rumores de esta clase, y habiendo logrado Felipe el Hermoso reunir en sus manos las pruebas del fundamento que tenían, pudo dar